

25) La perfecta caridad

El *Decreto sobre la renovación de la vida consagrada, Perfectae caritatis*, comienza subrayando que "la prosecución de la caridad perfecta por la práctica de los consejos evangélicos, tiene su origen en la doctrina y en los ejemplos del Divino Maestro, y ellos se presentan como preclaro signo del Reino de los cielos" (PC 1).

Hace tiempo me impresionó mientras rezaba el Oficio de Vigilias, un pensamiento de san Agustín en su *Comentario a la primera Carta de san Juan*.

Dice: "¿Cuál es la perfección de la caridad? Amar a los enemigos y amarlos para que sean nuestros hermanos. En efecto, nuestra caridad, no debe ser según la carne. Ama a tus enemigos, para que sean tus hermanos; ama a tus enemigos para que entren en comunión contigo. Así amó aquel que, colgando de la cruz dijo: 'Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen' (Lc 23,34)" (1,9).

Me doy cuenta que, a 50 años del Decreto *Perfectae caritatis* quizá sería sobre este punto sobre el que los religiosos, los monjes y monjas, deberían trabajar conscientemente si queremos aquella renovación en la comunión en Cristo que en tantas comunidades no parece seguir siendo una experiencia.

En el fondo, el amor a los enemigos es la más importante y decisiva contribución que el Cristianismo ha introducido en la historia de la humanidad. Es la verdadera revolución cristiana, una revolución profética siempre necesaria, siempre a renovar, hoy más que nunca. Y si los religiosos deben seguir a Cristo más de cerca, es sobre este punto sobre el que se debe colocar el acento, la prioridad. Y la vida en comunidad, la vida cenobítica, de comunión, se nos da sobre todo para poner esto en práctica, para crecer en y hacia esta caridad perfecta, la única perfección de la caridad, la única perfección divina, posible para los pecadores si perdonan las deudas de los demás para ver perdonadas sus deudas por el Padre.

Después de haber encontrado este pensamiento de san Agustín, leí en los apotegmas un pensamiento de Abba Zenón: "El que quiera que Dios escuche velozmente su oración, cuando se levante y extienda sus manos hacia Dios, ante todo y antes de hacerlo por su propia alma, ore de corazón por sus enemigos. Por esta acción, todo lo que pidiere a Dios será escuchado" (Serie alfabética, Zenón, 7).

La caridad perfecta comienza con la oración por los enemigos, precisamente porque, como subraya también Agustín, es la oración de Cristo Crucificado, el punto de intersección en su Corazón entre el amor al Padre y el amor a la humanidad pecadora, por lo tanto, el punto eucarístico en el que desde la Cruz se nos da la gracia de ser hijos adoptivos de Dios y hermanos y hermanas en Él.

Cuando leí el apotegma de Zenón, me di cuenta que algo debía cambiar en mi oración, que era hora que desde la mañana me uniera verdaderamente a la oración de Cristo, también para salir de un cierto formalismo que nos tienta siempre, sobre todo a nosotros que, en un cierto sentido, somos "profesionales" de la oración. He comprendido que el contenido de la oración debe dar vida a la forma de la oración, y no esperar siempre lo contrario, que la forma dé contenido a nuestra oración. El apotegma de Zenón nos hace comprender que lo que se nos

pide es comenzar cada día partiendo de la oración de Jesús, representada por el Padrenuestro, de su intercesión por la humanidad, de la oración de nuestro Abogado junto al Padre. Porque, en el fondo, todos somos enemigos de Dios salvados por la oración y por la caridad perfecta de Cristo crucificado, resucitado y ascendido a la derecha del Padre.

El mundo, más que por la belleza, pienso que será salvado por el amor a los enemigos, por la caridad perfecta de Cristo, que es la verdadera belleza de Dios y del mundo, por el amor de Cristo que reza por todos los hombres de modo que todos sean hermanos en la gran familia de los hijos del Padre misericordioso.

Pienso que la verdadera y renovada reforma de la vida religiosa debe partir del asumir en primera línea lo que renueva el mundo. El mundo no necesita tanto de la renovación de la vida consagrada en cuanto tal, no necesita nuestra renovación autorreferencial, como diría el Papa Francisco, sino que necesita que la vida consagrada comience en sí misma la renovación del mundo en la caridad perfecta de Cristo, que es el amor a los enemigos hasta que sean hermanos. Y el amor a los enemigos comienza allí donde se comienza a rezar por ellos, porque no puede existir un amor que venga de nosotros, sino que comienza como una gracia de la caridad de Dios, que la oración pide y acoge.

De otra forma, pensamos en la renovación de la vida consagrada como un cosmético, aunque sea espiritual. Sin embargo, solo tiene sentido si es para vivir en su sustancia la perfecta caridad de Cristo.

Hace poco hablaba con un obispo religioso sobre la renovación de la vida consagrada. Me decía que más que una renovación de la vida consagrada se necesita de una reforma. Estoy de acuerdo, pero he sentido la necesidad de precisar que tampoco basta la reforma: se requiere más bien una *regeneración* de la vida consagrada, al servicio de la regeneración de la vida de toda la Iglesia. Porque la regeneración no es posible más que si Otro nos engendra de nuevo, que se renazca de lo alto (cfr. Jn 3,3). Y este nacimiento, este parto, que siempre nos es posible renovar, es precisamente el amor a los enemigos.

Es el mensaje culminante del sermón de la montaña: “Habéis oído que se dijo: *Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo*. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles? Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial” (Mt 5,43-48).

Aquí Jesús habla de nuestra regeneración por parte de Dios, que hace posible inmediatamente el amor y la oración por los enemigos. Pero nos habla también en consecuencia de la regeneración del mundo, de la cultura. Introduciendo en el mundo esta novedad, que no se contenta ya con el modo de pensar y de vivir de los paganos y de los publicanos, se nos concede el transmitir al mundo lo que nos regenera a nosotros mismos, y esta regeneración en el Espíritu, en la caridad de

Cristo, transforma cada vez más la humanidad dividida en familia de Dios. ¡Se nos concede el poder filial de Cristo de engendrar hermanos y hermanas!

Quizás es precisamente así como debemos concebir el reavivar nuestro carisma, justamente como una vuelta al carisma de san Benito y de nuestros padres y madres cistercienses como paternidad. El carisma es una paternidad que engendra en el Espíritu y en la caridad de Cristo. El carisma es una paternidad/maternidad que engendra en el Espíritu Santo a la humanidad nueva que se nos ofrece en Cristo, a la humanidad del “Nuevo Adán”, del Hombre Nuevo que es Cristo mismo, y que el Espíritu Santo quiere formar, engendrar en nosotros y en todos, infundiendo en nosotros el amor de Cristo hacia el Padre y hacia el prójimo, la caridad perfecta del Hijo de Dios.

Omnis humanitas – Omnis humilitas

Al inicio de este recorrido citaba la hermosa expresión que san Benito utiliza con relación a la acogida de los huéspedes, en el capítulo 53 de la Regla, allí donde pide acogerlos con “toda la humanidad posible – *omnis humanitas*» (RB 53,9). Y planteaba la pregunta: ¿Qué significa esta humanidad total, entera, que debería pasar desde nuestra experiencia monástica a aquellos con quienes nos encontramos y al mundo exterior?

No pretendo haber respondido. La humanidad nueva en Cristo para la que san Benito quiere formarnos es una experiencia, una conciencia de la experiencia humana, que no terminaremos nunca de profundizar. Profundizándola, comenzamos a vivirla, y una humanidad nueva vivida es un testimonio que transforma y renueva la sociedad, el mundo, la cultura.

Quisiera señalar solo una cosa, al concluir el recorrido de este año, un detalle del capítulo 53 de la Regla que pienso es importante retener y continuar profundizando. San Benito no dice solo acoger al huésped “mostrando toda la humanidad posible – *omnis ei exhibeatur humanitas*”. Pide también, utilizando prácticamente las mismas palabras, “mostrar a todos los huéspedes que venga o marchen toda la humildad posible – *omnis exhibeatur humilitas omnibus venientibus sive discedentibus hospitibus*” (RB 53,6).

Es como si para san Benito, a la luz del Evangelio, la plenitud de nuestra *humanidad* coincidiese con la plenitud de nuestra *humildad*. Somos plenamente humanos si somos plenamente humildes. ¿Por qué? Porque la humanidad se manifiesta y se realiza en la relación con el otro, y la humildad cristiana es aquella atención al otro que lo reconoce más importante que uno mismo, a la luz del amor de Cristo que por amor a toda la humanidad “no hizo alarde de su categoría de Dios, sino que se despojó de su rango” (Fil 2,6-7), hasta morir en cruz por nosotros. La plenitud humana de Cristo y en Cristo es su caridad perfecta. Pero la caridad, como enseña el Evangelio y la Regla, es fruto de la humildad que acepta menguar con el fin de que el otro pueda crecer. La humildad es la ley fecunda del engendramiento.

Pero en el capítulo 53 de la Regla, la humildad total y la humanidad total son posibles porque existe un centro, un centro que las une y las define, y este centro

es la adoración de Cristo. Benito dice que los monjes deben saludar a los huéspedes con toda humildad para “adorar en ellos a Cristo al que se acoge – *Christus in eis adoretur, qui et suscipitur*” (RB 53,7). Y es esta actitud de adoración de Cristo en el prójimo la que nos pide san Benito para acoger al huésped “con toda humanidad”.

La humildad de reconocer y adorar a Dios en el hombre es lo que nos hace perfectamente humanos, totalmente humanos. Humanos en una relación nueva de comunión, de honor y de caridad, que podemos ofrecer a todos, ofreciéndolo ante todo al mismo Cristo. De esta forma es como el acontecimiento cristiano, en el que san Benito nos educa para tener experiencia, ha transfigurado, transfigura y podrá siempre de nuevo transfigurar el mundo humano. Y hoy es más necesario que nunca. Os invito a partir desde aquí, humanizando el mundo con la humildad total que adora y acoge a Cristo en cada persona con la que os encontréis.

Como cada año, mi último Capítulo es también una ocasión para expresar aquí y a través de la página de internet nuestro gran agradecimiento hacia todos aquellos que lo han hecho posible, con tanta gratuidad y dedicación. Estamos muy agradecidos a Agnese por haber organizado todo tan bien y con tanta paciencia, como también a Piotr, a P. Lluc, a P. Mainrado, a las queridas y generosísimas Hermanas Hijas del Corazón de María en la cocina y la lavandería, a todos los profesores, especialmente a Salvatore por sus guías culturales.

Gracias a los traductores, especialmente a los de nuestra Orden que se han puesto generosamente a disposición, y a sus comunidades que nos los han dejado: P. John de Dallas, P. Guilherme de Claraval, Sor Aline de S. Giacomo de Veglia. Un gran trabajo han realizado las traductoras y los traductores de mis Capítulos: Madre Eugenia de Talavera de la Reina, Annemarie Schobinger, el Prof. Antonio Tombolini, Sor Aline. Para el inglés, este año ha sido la comunidad de Dallas la que ha asumido la tarea en un grupo de trabajo que ha incluido hasta al abad Peter, junto con los hermanos Thomas, Joseph, Stephen ¡y John! Estamos agradecidos a quienes se han ocupado de la Liturgia: P. Galgano, Fr. Agostino, P. Mainrado, Don Gerardo.

Y tenemos que estar agradecidos los unos a los otros, y sobre todo a Dios, por el don de podernos encontrar, conocernos, vivir un tiempo de comunión que nos ha formado no solo para conocer más, sino para vivir con más intensidad nuestra vocación, para ser también nosotros cada vez más instrumentos de evangelización del mundo.

Este año solo 4 de vosotros habéis terminado el Trienio: Sor Elisabeth y Sor Diane de Boulaur, Sor Felicitas de Waldsassen y Fr. Giacomo di Mogila. Los saludamos con afecto.

Con todos los demás y los nuevos que vengan: ¡tenemos una cita el año que viene para continuar juntos esta aventura!